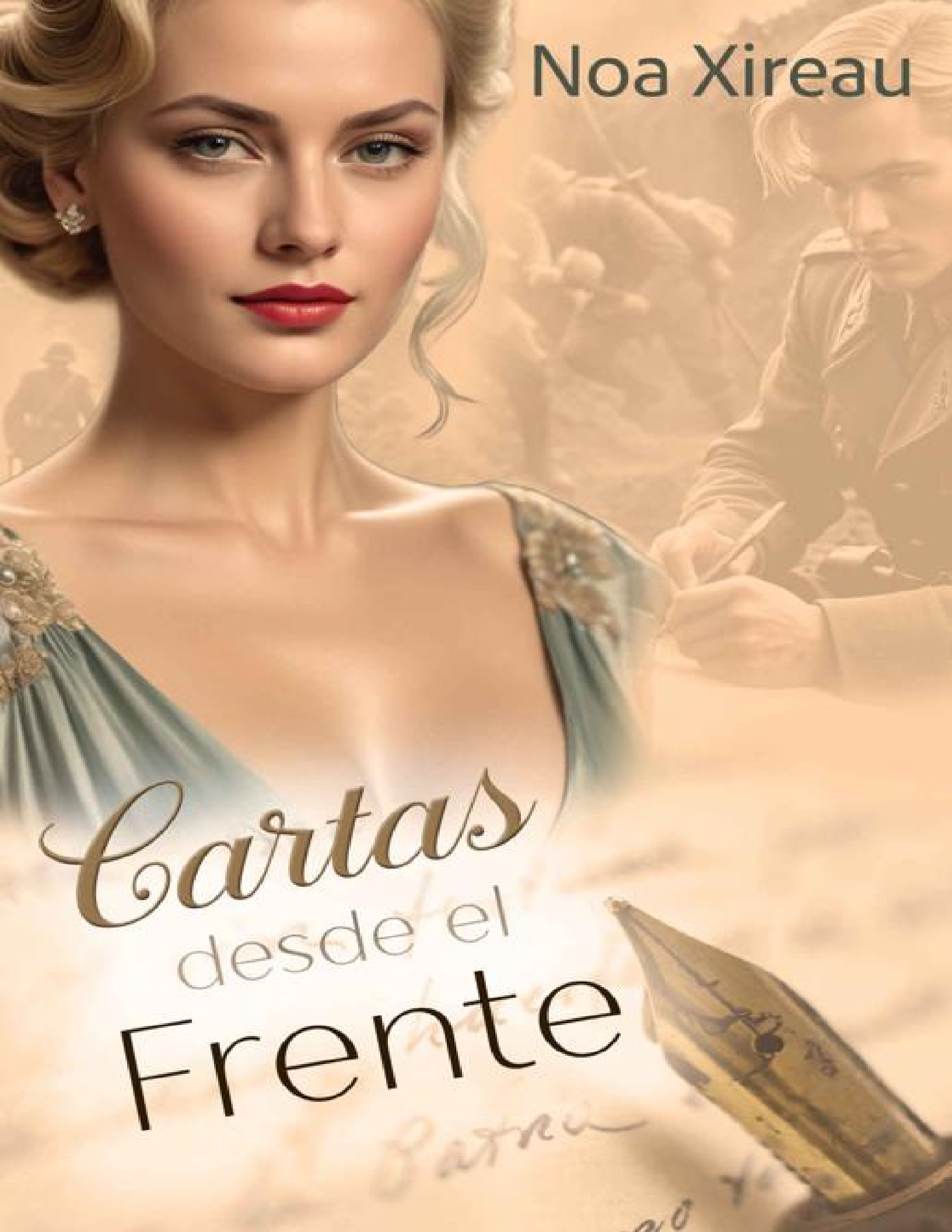




Noa Xireau

Cartas
desde el
Frente

Cartas desde el frente

NOA XIREAU

Esta historia está dedicada a las mujeres que aprenden a adaptarse y sobrevivir en las peores circunstancias, porque en todas nosotras se encuentra oculta una guerrera.

Índice

[Notas de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Carta 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Carta 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Carta 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Epílogo](#)

[Carta 4](#)

[Continuación del epílogo](#)

Notas de la autora

Durante la Segunda Guerra Mundial, la censura nazi era extremadamente estricta y abarcaba todos los aspectos de la vida diaria, incluyendo la correspondencia privada de los soldados que se encontraban en el frente.

Cualquier crítica al régimen nazi, quejas sobre las condiciones en las que vivían, o dudas personales sobre la guerra, habrían sido eliminadas de las cartas que se enviaban a familiares y amigos o sus autores catalogados como traidores.

En este relato, me he tomado algunas licencias con respecto a esta censura, con la intención de usar las cartas para sumergir a la lectora o lector en la historia y reflejar las condiciones en las que vivían los soldados.

Sé que éste no es el tipo de escritura a la que estáis acostumbradas de mí, pero espero que la disfrutéis igualmente.

Abrazos,

Noa

Una
❧

GRETA

Alemania, otoño de 1944

Escondida tras la cortina, mis manos se encontraban aferradas al respaldo de la silla con tal fuerza que mis nudillos se veían blancos y mis uñas parecían hundirse en la madera. Con la vista fija en los camiones militares que pasaban por la calle húmeda envueltos por el manto de niebla, contuve el aliento mientras el sonido de motores y voces se alejaba en la distancia. No se habían parado.

No importaba cuántas veces ocurría, la cercanía de grupos de soldados, en especial cuando me encontraba a solas en mi casa, conseguía que mi corazón se saltase varios latidos y que el aire se negara a entrar en mis pulmones. Temía que vinieran a traerme la noticia de la muerte de Hans. Temía aún más que supieran que él no se encontraba aquí.

Cuando el silencio sustituyó el rugido de los motores, suspiré aliviada e intenté relajar las manos antes de recoger el lápiz que se me había caído al suelo y volví a inclinarme para terminar de trazar con movimientos torpes la larga línea marrón que subía desde mi talón hasta la parte superior del muslo en un intento por imitar la costura de una media.

¡Dios, cómo odiaba no tener unas medias de verdad! Alargué la mano hacia el espejito rectangular y lo usé para comprobar cómo me había quedado la raya. No era del todo recta, pero daba el pego. Tampoco era como si las costuras de las medias estuvieran siempre perfectas, ¿verdad?

El dichoso Reich podría haber usado algún otro material para los dichosos paracaídas. ¿Por qué tenía que ser el nylon? Como si las mujeres no tuviéramos ya suficiente con el constante miedo, la soledad y el desamparo que nos consumía cuando se llevaban a nuestros maridos al frente. No, encima tenían que robarnos nuestra feminidad, obligándonos a pintarnos unas medias que no teníamos para poder salir a la calle sin la humillación de que todos fueran conscientes de nuestras piernas desnudas. Me retorcí de nuevo para dibujar la costura en la otra pierna.

A esas alturas, era raro que saliera a la calle, solo me aventuraba al exterior cuando era estrictamente necesario. ¿Quién se fiaba de lo que podía pasarle a una en días como aquellos? Los vecinos sospechaban los unos de los otros, y las mujeres solitarias éramos objeto de suposiciones que solo conseguían despertar el interés de los carroñeros que habían sacado un filón para enriquecerse a costa de las miserias de la guerra.

A veces, leía las noticias que venían en el papel de periódico con el que la dependienta me envolvía los huevos, u oía los cuchicheos de las mujeres que esperaban en la cola de racionamiento. Entre las noticias de grandes victorias y avances militares, se colaban rumores de

violaciones, de abusos, de mujeres que se prostituían por un bocado de pan. Una risa amarga se me atragantó en la garganta, mientras un nudo se me formaba en el estómago. Nadie se atrevía a hablar de aquellas cosas en voz alta, como si susurrarlas las mantuviera alejadas, como si aquellas situaciones solo ocurrieran en otros sitios, en lugares alejados de nosotros y la frágil burbuja con la que tratábamos de protegernos de la realidad.

¿Cómo podían existir tanta crueldad y tanta indiferencia al mismo tiempo?

Encendí la radio, por si se oía alguna noticia desde el frente. Era lo único que nos quedaba a veces, mientras fingíamos una normalidad que ya no existía y en la que las calles del pueblo no se habían convertido en nuestro propio campo de batalla.

Mientras terminaba de pintarme las «medias», pensé en Hans. Llevaba dos meses sin tener noticias de él. ¿Estaría más seguro en el frente que yo aquí, en lo que se suponía que era la seguridad de nuestro hogar? La guerra nos había arrebatado tanto... Nuestra juventud, nuestros sueños, nuestros logros e incluso la ilusión de un futuro juntos. Pero me negaba a rendirme, prefería aferrarme a la esperanza. Algún día, esto terminaría. Y cuando lo hiciera, Hans regresaría a casa, conmigo, y yo estaría aquí, esperándole, con medias de nylon nuevas (de las de verdad) y sin pavor a los aviones que surcaban el cielo perseguidos por su estruendo, o de las visitas inesperadas de soldados o la SS.

Apenas habían pasado unos días desde que la noticia de la señora Ingefeld explotara como una bomba en el pueblo. La habían visto caminando hacia su casa, con la blusa rasgada, un zapato menos y aquel impecable moño que la caracterizaba convertido en un nido de cuervos. Yo conocía a la pobre maestra, al igual que la mayoría de los que ahora cuchicheaban sobre ella, había aprendido a leer y escribir con ella. ¿Qué edad tenía? ¿Cincuenta? ¿Tal vez sesenta? Ni siquiera la edad parecía ser impedimento para atraer la desgracia y la oscuridad.

No era ciega. Había aprendido a reconocer aquellas miradas perdidas, ausentes, en las mujeres con las que me cruzaba al ir a por mi ración de comida. Había un dolor mudo en sus ojos, uno que rogaban por un auxilio desesperado que jamás iba a llegarles. Podía verlas, podía oír su silencio lleno de gritos y, al igual que hacían el resto, miraba hacia otro lado, rezando porque yo no fuera la siguiente. Era duro admitirlo, pero aún más duro era tener que mirarlas y tener que reconocer que no había nada que pudiéramos hacer al respecto.

«Son las cosas de la guerra», decían algunos, como si con ello pudieran justificar las barbaridades que se cometían. Si alguien me hubiera preguntado a mí, le habría dicho que era la bestia en nosotros cuando perdíamos nuestra humanidad.

—¡Diantres! —exclamé cuando el repentino golpeteo en la puerta de la calle me sobresaltó, haciendo que la línea que estaba dibujando en mi pantorrilla zigzagueara—. ¡Ya voy! —grité más fuerte cuando no pararon de llamar—. Un segundo —mi voz resonó inestable en la quietud de la casa.

Dejé caer el lápiz sobre el tocador, cogí un pañuelo y lo mojé con saliva para borrar el intento fallido de línea.

Mi corazón latía desbocado mientras bajaba apresurada las escaleras. Nerviosa, me detuve ante la puerta y me alisé la falda. El frío metal del picaporte heló mis dedos mientras tomaba una profunda inspiración. Era temprano, apenas pasadas las ocho. No se me ocurría nadie que pudiera venir a visitarme a esas horas. Titubeé un instante, luego bajé la manilla.

—¿Sí? —En cuanto abrí, me recibió el húmedo frío matutino, finas gotas de lluvia y la agradable sonrisa del cartero—. Ah, buenos días, *Herr* Klaus. Hoy ha venido temprano.

—¡*Heil, Hitler! Frau Schneider*. —El hombre de mediana edad se tocó el raído sombrero de fieltro a modo de saludo—. Le traigo noticias frescas desde el frente —me informó con un brillo

de excitación en sus ojos, su voz ronca y ligeramente entrecortada.

Parpadeé al ver el manojo de sobres maltrechos atados por una cuerda, que me ofrecía con una enorme sonrisa.

—*¡Heil, Hitler!* — repetí sin su energía—. Yo... —Mis dedos, húmedos por el repentino sudor, temblaban al extenderse para aceptar las cartas—. Gracias —susurré en apenas un hilo de voz.

El hombre asintió, su gesto serio, lleno de comprensión.

—Espero que sean buenas noticias y que su marido regrese pronto.

—Gracias... —se me quebró la voz mientras apretaba las cartas contra mi pecho.

—*¡Heil, Hitler!* Que tenga un feliz día, *Frau Schneider* —se despidió el cartero tocándose de nuevo la gorra.

—*¡Heil, Hitler!*

En cuanto cerré la puerta, me apoyé contra ella y contemplé las cartas en mis manos. Mis ojos se llenaron de lágrimas al reconocer la caligrafía familiar del remitente y el nombre de Hans se volvió borroso.

Apreté los ojos antes de que más lágrimas pudieran escapar.

—Dios, gracias... —Se me escapó un sollozo—. ¡Noticias de Hans!

Llevaba tanto y tanto tiempo esperando saber de él, que ahora, que al fin habían llegado noticias suyas, casi no me lo podía ni creer. Besé el fajo de sobres antes de subir corriendo las escaleras para llegar a mi dormitorio, encender la lamparita de la mesita de noche y lanzarme sobre la cama. Solté las cartas a mi lado, sobre el edredón, y cogí la primera, abriéndola con toda la reverencia que me permitían mis inestables dedos.

El corazón me latía con fuerza mientras desdoblaba con torpeza el folio. La caligrafía de Hans, grande y redonda, traía consigo el recuerdo de tardes de verano, sentados bajo el viejo olmo, mientras me leía sus poesías. Mis labios se curvaron con suavidad al recordar cómo lo había acusado una y otra vez de que su letra era como su sonrisa, siempre un poco inclinada hacia la derecha. Aquella tarde había acabado retorciéndome sobre el suelo entre risas y lágrimas mientras me hacía cosquillas como castigo por semejante afirmación. Mis lágrimas volvieron a asomar cuando regresó la imagen de sus profundos ojos azules, mirándome llenos de ternura, justo antes de que me hiciera el amor, allí mismo, sobre el césped y a plena luz del día.

Entremezclado con el de la tinta, el olor familiar de Hans parecía emanar del papel amarillento, desgastado por las aventuras que lo habían traído hasta mí. Me lo llevé hasta la nariz e inhalé, cerrando los párpados en el proceso. Por un momento, el temor persistente que me había perseguido como una sombra durante los últimos meses, las «medias» pintadas y los susurros sobre la señora Ingefeld pasaron a un segundo plano y, por un instante, solo existía aquel ligero aroma a tabaco con miel que me devolvía a mi Hans, aunque solo fuese en mi imaginación.

Con la punta de mis dedos repasé las primeras palabras:

Für Greta Schneider, meine Frau, mein Alles.

Carta 1

Greta, mi corazón:

Echo tanto de menos tu sonrisa, el calor de tu abrazo y el sonido de tu risa. Aquí todo es gris y monótono. Los días se confunden los unos con los otros, y la única luz que me guía a través de tanta oscuridad es el recuerdo de ti.

Sigo vivo y a salvo, por ahora. No te preocupes más de lo necesario por mí, aunque, conociéndote, sé que da igual lo que diga, porque lo harás de todos modos. Tienes esa bella e irritante costumbre de anteponer el bienestar de los demás al tuyo propio. No lo hagas esta vez. Necesito saber que estás bien y que estás cuidando de ti misma.

La vida en el frente es... difícil, Gretchen. Nuestras botas se hunden en el barro, convirtiendo cada paso en una lucha, y el frío nos cala hasta los huesos. A veces pienso que así es como debe de sentirse el estar enterrado vivo. Los días se hacen eternos, marcados por el sonido de los disparos y los gritos, pero las noches son aún peores. Porque es en el silencio de la oscuridad cuando uno se vuelve realmente consciente de ~~los que nos han dejado ese día y lo~~ lejos que me encuentro de ti.

~~Hemos retrocedido varios kilómetros en la última semana. Los rusos son como una ola imparable. Muchos de mis camaradas han caído, más de la mitad y, de la mayoría, no recuerdo ni el nombre ni su rostro. A veces me pregunto si volveré a verte y si volveré a sentir el calor de tu abrazo. Quiero creer que sí, porque es lo único que me mantiene cuerdo en este infierno.~~

¿Cómo están las cosas en casa? Espero que las cartillas de racionamiento sean suficientes para alimentarte y mantenerte saludable. Recuerda dónde tengo escondidos la colección de relojes de mi abuelo y los pendientes de zafiro de mi madre. Véndelos si necesitas hacerlo o mejor aún, úsalos para hacer un trueque, de seguro que conseguirás más que a cambio de dinero. Nada vale más que la tranquilidad de saber que no te falta de comer.

Pienso en ti constantemente, en tu sonrisa, el hermoso tintineo de tus carcajadas, esas miradas pícaras que me echas cuando quieres que vaya temprano a la cama y hasta en cómo desafinas al cantar mientras cuelgas la colada.

Tu fotografía, aunque arrugada y desgastada, es mi mayor tesoro aquí. La miro cada noche antes de intentar dormir, para que me ayude a espantar las pesadillas que abundan por estos lares. Sin importar lo que haya pasado ese día, al verte sonriéndome con esos hoyuelos en las mejillas, me basta cerrar los párpados para recordar nuestros paseos por el bosque y nuestras interminables conversaciones sobre nuestros planes y el futuro que construiremos juntos.

~~Los altavoces no paran de repetirnos que estamos luchando por la patria y por el Führer. A veces me pregunto si todo esto tiene sentido. Luego pienso en ti y en nuestros sueños, y sé que~~

tengo que seguir luchando.

Tengo que terminar esta carta. Nos están llamando para una nueva misión de reconocimiento. No sé cuándo podré volver a escribirte, pero te prometo que estoy contigo, siempre.

Sé fuerte, mi amor. Regresaré, pase lo que pase.

Con todo mi amor,

Tu Hans

P.D.: Recuerda que has sido y eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te amo más allá de lo que pueda expresar en palabras.

Das


GRETA

Me sequé las mejillas con el dorso de la mano. Mis dedos temblaban mientras apretaba el frío papel contra mi pecho. Me giré bocarriba en la cama, ignorando el sonido de los muelles que se hundían bajo mi peso. Hans estaba vivo y me había prometido que regresaría, eso era lo único que importaba. Cerré los ojos con fuerza, imaginando la seguridad de su abrazo al envolverme y su voz aterciopelada y profunda susurrándome promesas de amor al oído.

Los abrazos de Hans eran milagrosos. Siempre lo habían sido. Eran capaces de transformar la ansiedad en paz y los enfados en pucheritos para luego convertirlos en sonrisas. Incluso el día de su marcha, en la estación de trenes, rodeados de madres, hermanas, esposas y novias que sollozaban con el corazón encogido mientras los niños se aferraban a las piernas de sus padres, el abrazo de Hans consiguió hacerme olvidar el miedo y la desolación que nos rodeaba.

—Volveré, te lo prometo —murmuró junto a mi sien y yo me lo creí.

Todos éramos conscientes de que muchos de los que partían no regresarían jamás, pero mientras me presionaba contra su pecho y podía sentir el calor de su cuerpo contra el mío, habría creído cualquier cosa que me dijera.

Incluso después de que una docena de los hombres que se marcharon ese día con él habían dejado atrás a sus viudas, yo seguía creyendo en que Hans cumpliría con su palabra y que regresaría junto a mí.

—¡Te amo! —le había gritado con lágrimas en los ojos mientras golpeaba los cristales de su vagón con las palmas y corría tras el tren mientras se ponía en marcha.

—Volveré, te lo prometo —pronunció en silencio, con sus ojos clavados en los míos, llenos de determinación.

¿Cómo no iba a quererle? Hans era mi mundo, mi vida entera. Cuando el tren desapareció en la distancia, se llevó una parte de mí, la más importante de todas, mi alma.

Ahora, a miles de kilómetros de distancia, me aferraba a esas últimas palabras como a un salvavidas. Solté la carta para coger la fotografía que había caído del sobre. Hans seguía igual de guapo que siempre, puede que algo más. El uniforme le sentaba bien. Sin embargo, habría tenido que estar ciega para no discernir la nueva dureza en sus ojos y la rigidez en su sonrisa. Donde en la estación de trenes se despidió un joven lleno de vida, éste era un hombre que había visto y vivido demasiado. Su sonrisa, su expresión entera, era forzada, como si tratara de convencerse a sí mismo o al mundo de que todo estaba bien, aunque no fuera cierto.

Me habría gustado pasarle los dedos por aquella nueva arruga en su frente para borrarla junto a los recuerdos de las atrocidades que, de seguro, había tenido que presenciar y de las vidas que había tenido que tomar en nombre de la patria. Por una vez, quería ser yo la que lo abrazara a él para prometerle que todo saldría bien y que, cuando regresara, yo seguiría aquí esperándolo.

El ruido de las sirenas antiaéreas en la distancia me devolvió al presente. Me levanté de la cama, apagué la luz de la lamparita de noche y me acerqué a la ventana. Había tanta neblina que era prácticamente imposible ver el otro lado de la calle. Uno de mis vecinos apagó su luz y una madre arrastraba a sus tres hijos pequeños tras de sí, seguramente para llevarlos al refugio de la Ammergasse. Las criaturas seguían en zapatillas y bajo sus abrigos asomaban sus pantalones de pijama.

Cogí las cartas y una manta y me dirigí hacia la escalera. Hacía tiempo que había dejado de buscar refugio junto a los demás cuando sonaban las alarmas. Era difícil no sucumbir al pánico cuando los que se encontraban a tu alrededor no paraban de llorar, rezar o lamentarse. Al menos en el sótano podía leer y fingir que vivía en una dimensión aislada del mundo, una que me mantenía a salvo.



Al regresar una hora después al dormitorio, me acerqué a la ventana empañada. Fuera, el cielo era un manto gris que amenazaba con descargar otra tormenta, mientras que, en la distancia, varias columnas de fuego y humo se alzaban hacia el cielo. Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en las vidas que se habría cobrado esta vez la maldita guerra.

Por ahora, en nuestro barrio, habíamos tenido suerte. En el centro, la mayoría de los edificios lucían cicatrices de metralla y cristales rotos, sin contar aquellos que habían quedado en ruinas. Llamarlo suerte cuando la mitad de mi calle se encontraba deshabitada y la desesperanza no solo se reflejaba en los rostros de la gente, sino que prácticamente podía olerse en el aire, era un tanto hipócrita, no obstante, me negué a darle vueltas y caer en la desolación y decidí regresar a la cama para releer las cartas de Hans.

Coloqué las cartas sobre la almohada y me metí debajo del edredón antes de escoger una al azar del montón. El papel estaba arrugado y manchado, y en varios tramos se había corrido la tinta, como si lágrimas o gotas de lluvia hubieran caído sobre ellas. Mi corazón se encogió al pensar en las condiciones en las que Hans estaría sobreviviendo en el frente oriental.

Miré alrededor de nuestro dormitorio. Todo parecía estar igual a cuando él se fue: sus libros de poesía en la estantería, su despertador en la mesita de noche junto a una lámpara algo torcida que había heredado de mi abuela, el espejo sobre el tocador, el cuadro de un ángel de la guarda que me regaló para mi último cumpleaños colgaba en la pared... y, sin embargo, podía sentirse la soledad que había sustituido las risas y el buen humor de Hans. La habitación ya no olía a él, sino a su ausencia.

Desplegué el papel con cuidado. Sabía que Hans cumpliría su promesa de regresar a toda costa, pero si no lo logr... Tragué saliva. Si algo se lo impidiera y aquellas cartas fueran lo último que me quedaba de él, entonces quería que me duraran, para releerlas a lo largo de los próximos años y quizás hasta décadas. La idea me hizo taparme la boca y respirar más rápido para retener las lágrimas. ¿Qué iba a hacer si eso ocurría? ¿Cómo iba a sobrevivir a su ausencia cuando ya no me quedara la esperanza de su regreso?

Me tapé con el edredón hasta el cuello y comencé a leer, ignorando la solitaria lágrima que me resbaló por la mejilla y hasta mi barbilla para caer desde allí a la cama.

«Gretchen, mi amor...».

Cerré los ojos por un momento y meforcé a recordar su voz, profunda y aterciopelada, la misma con la que solía leerme o contarme cuentos antes de dormir. Luego, con un suspiro, me sumergí en sus palabras, aferrándome a ese pequeño pedazo de él que tenía entre mis manos.

Carta 2

Gretchen, mi amor:

Hoy se han cumplido cinco meses desde que el tren partió, llevándome lejos mientras te veía llorar en el andén y tu silueta se desvanecía en la distancia. El frío se ha adueñado de mis huesos y, a veces, creo que solo el calor de tu recuerdo me mantiene con vida.

A menudo, cuando el agotamiento se apodera de mí tras largas horas de guardia, y el estruendo de las ametralladoras y la artillería me recuerda la crueldad de esta guerra, cierro los ojos e imagino que estoy en casa, de vuelta contigo, descansando en tus brazos, acurrucados los dos bajo aquella colcha que nos regaló tu tía Frieda para nuestra boda.

¿Alguna vez te he confesado el momento exacto en el que me enamoré de ti? Fue en nuestra tercera cita en el café... ¿Cómo se llamaba? ¿Café Kranzler? Seguro que, si estuvieras aquí conmigo, me mirarías con reproche por olvidar el nombre de nuestro primer lugar de encuentro.

Tus ojos, profundos y enigmáticos, me deslumbraron desde el instante en el que nos conocimos, tu sonrisa me hechizó después. Sin embargo, he de confesarte que fue la manera en que tomaste mi mano aquella tarde, guiándome entre la multitud hacia el exterior cuando notaste mi necesidad de aire fresco, lo que selló mi destino. En ese momento, cuando me quitaste la pipa de entre los dedos temblorosos y la encendiste por mí, supe que serías mi esposa y que te amaría eternamente. No importa que hayan pasado tres años desde entonces. Podrían pasar otros cinco, diez o veinte, y seguiría amándote con la misma intensidad, si no más.

¿Recuerdas nuestra primera noche juntos en aquella modesta habitación de la pensión Luitpold en Múnich?

La guerra parecía tan lejana entonces...

Si cierro los ojos, aun puedo ver claramente cómo te despojabas de aquel bonito vestido color verde esmeralda que hacía resaltar el brillo de tus ojos, tus movimientos delicados y tímidos. La forma en que me tendiste la mano, invitándome a seguirte a la cama. Gretchen, en ese momento te habría acompañado hasta el fin del mundo. Tus ojos resplandecían con una mezcla de nerviosismo y anhelo, y eran un reflejo perfecto de mis propios sentimientos.

Recuerdo cada detalle: el tacto de tus manos desabotonando mi camisa, el murmullo de la ropa al caer al suelo, el ligero temblor en tu voz al pronunciar mi nombre... Esos recuerdos, mi amor, son lo que me mantienen cuerdo ~~en este infierno de lodo y sangre~~.

A veces, en los breves momentos de calma entre los bombardeos, si me concentro mucho, puedo sentir tu piel contra la mía. Daría todo lo que tengo por volver a amarte, por sentir esa conexión que nos unió aquella noche y que ni siquiera esta ~~maldita~~ guerra ha podido quebrar.

En ocasiones, me invade un profundo sentimiento de culpa por haberte dejado sola,

enfrentándote a esta situación por ti misma. Espero que encuentres las fuerzas para perdonarme y que no dudes ni un instante de mis sentimientos hacia ti. Te prometo que regresaré a tus brazos, mi amor, porque, en el cielo o en la tierra, tú eres mi paraíso.

El sargento me llama. Debo irme. Te llevo siempre conmigo, en mi corazón. No lo olvides.

Con todo mi amor,

Hans

Tres
❧

GRETA

Sonreí con nostalgia al releer las palabras de Hans. Mi poeta, mi dulce y apasionado amor. Siempre había tenido el don de transportarme a un mundo de ensueño con su ternura y, al mismo tiempo, avivar mi corazón con su pasión.

La soledad y la añoranza me golpearon con fuerza mientras doblaba la carta para guardarla con cuidado en su sobre. Lo echaba tanto de menos... Extrañaba sus gestos cariñosos y esos abrazos que me hacían sentir segura en un mundo que se desmoronaba a nuestro alrededor. Echaba en falta sus labios, con los que me recitaban los versos que me escribía dándome la ilusión de que era la mujer más amada y bella del universo, los mismos labios con los que recorría cada centímetro de mi piel después de murmurarme palabras de amor.

Mi mirada se posó en la radio silenciosa en la esquina de la habitación. Me la había traído al dormitorio cuando Hans se marchó, como si con eso pudiera tenerlo más cerca de mí. Sonreí con tristeza cuando en mi mente sonaron los acordes de la música mezclada con nuestras risas del pasado. Hans y yo solíamos bailar al ritmo del swing antes de que la música «degenerada» fuera prohibida por el *Reich*. Ahora, solo las marchas militares y los discursos del *Führer* llenaban las ondas.

Me acerqué a la ventana. El día seguía nublado y el césped estaba cubierto de rocío. Recordaba nuestras tardes en ese mismo jardín, sentados en el banco de madera mientras observábamos la puesta de sol. Su brazo sobre mi hombro, su aliento cálido en mi cuello; las promesas que me susurraba al oído, haciendo que se acumulara el calor en las mejillas...

Inconscientemente, tracé el contorno de su rostro en la ventana empañada. Casi podía sentir la textura de su incipiente barba y la calidez de su piel bajo mis dedos. Los mismos dedos húmedos con la condensación que me llevé a los labios al recordar nuestras mañanas compartidas, antes de que la guerra nos separara. Cómo me despertaba con suaves caricias y besos tiernos, separándose con delicadeza las rodillas para descender por mi cuerpo y adorarme con su boca. Cuando hacía aquello, yo siempre acababa estallando y flotando en un mundo de luz y placer, mis manos hundidas en su espesa cabellera rubia, apretándolo contra mí mientras mis caderas se alzaban por voluntad propia, ofreciéndome a él en sacrificio.

Sí, lo añoraba en todos los aspectos, como amigo, marido, compañero y amante. La guerra nos había robado más de lo que jamás seríamos capaces de recuperar. Con manos temblorosas solté la carta para coger la siguiente del montón.

Me la llevé a la nariz y me permití el lujo de cerrar los ojos e imaginar que Hans estaba aquí, a salvo, conmigo. Luego, con un suspiro, abrí los ojos para regresar a la cruda realidad en la que se había convertido nuestra vida desde que la guerra comenzara.

Carta 3

Gretchen, mi amor:

Nada parece cambiar nunca por aquí. Cada día es igual, nublado, interminable y frío. Si los días se me hacen eternos, las noches son aún más largas sin tu presencia.

Por cada camarada ~~al que se llevan, aparece otro nuevo al poco tiempo~~. Sus nombres se han ido desvaneciendo en mi memoria, al igual que sus rostros cubiertos por barro. De algunos conservo sus historias, pero incluso esas acaban por fundirse en una sola cuando trato de recordarlas. La mayoría hablan de las mujeres que nos esperan en casa, guardando el hogar al que anhelamos volver. Es lo que nos une a la mayoría de los que estamos aquí: el amor por las mujeres de nuestra vida, ya sean esposas, hijas, novias o madres; y ~~el temor por su seguridad en nuestra ausencia o el miedo a morir sin poder despedirnos de ellas~~.

En las noches de calma, cuando el estrépito de la artillería cesa por un instante y el cielo está despejado, cubierto de estrellas, me permito soñar despierto contigo. Es increíble la cantidad de pequeños detalles que he atesorado en mi mente sobre nosotros.

Recuerdo con claridad el gesto con el que solías inclinar tu cabeza buscando mis labios cuando te sentaba sobre mi regazo y cómo mi corazón se aceleraba con tu cercanía. El sabor salado de tus lágrimas mezclado con la dulzura de tus besos forma parte de mis recuerdos más preciados, porque con ellos me concedías el honor de verte vulnerable y me dabas la oportunidad de cuidar de ti.

Después estaban esos otros besos, los que te convertían en mi oasis, mi refugio en medio de las inclementes tormentas de arena, los que saciaban mi sed y me permitían apreciar lo que realmente importa en mi vida: tú.

Aquí, ~~rodeado de muerte y destrucción~~, me aferro a los recuerdos de nuestros momentos compartidos. La imagen de tu vestido favorito cayendo al suelo alrededor de tus delicados pies, tu sonrisa traviesa iluminando la habitación en penumbras... Hay tantas y tantas cosas que no puedo mencionar aquí, pero no importa, porque tú ya las conoces y las has compartido conmigo y, cuando regrese, volveremos a hacer memoria juntos y crearemos nuevos recuerdos para sumarlos a los anteriores. Porque, y eso es algo que no quiero que olvides jamás, estoy determinado a regresar a tu lado, para refugiarme en la calidez de tu abrazo y en la ternura de tu mirada. En mis fantasías revivo aquellas maravillosas noches en las que éramos uno, y no hay fuerza humana capaz de evitar que regrese junto a ti. Tú, y solo tú, eres mi ancla y mi compás.

Es hora de terminar esta carta, tenemos que apagar las lámparas. Te prometo, mi amor, que volveremos a estar juntos. Cuando ese día llegue, nada podrá volver a separarnos jamás, ni siquiera la oscuridad.

*Te amo con cada fibra de mi ser, en cuerpo y alma. Eres mi razón para sobrevivir ~~a esta~~
~~locura~~.*

*Siempre tuyo,
Hans*

*P.D.: ¿Podrías contactar con Frau Krüger y decirle que su hijo Dieter está bien? Me crucé con
él ayer. Ahora es conductor ~~de camiones~~.*

Cuatro
❧

GRETA

Las lágrimas me nublaban la visión mientras leía y releía las palabras de Hans. Cada carta era un pedazo de su corazón que me enviaba desde la distancia.

Cerré los ojos para imaginarme sus brazos rodeándome, fuertes y protectores, siempre ahí cuando los necesitaba... excepto ahora. Me cubrí el rostro con ambas manos y traté de reprimir un sollozo. Derrumbarme era un lujo que no podía permitirme, no cuando necesitaba mi fortaleza para sobrevivir hasta que Hans regresara.

Con una profunda inspiración me rocé los labios con la punta de los dedos. Sabía de lo que hablaba Hans cuando mencionaba nuestros besos, cómo empezaban despacio, con ternura, hasta que poco a poco se volvían más intensos, cargados de un anhelo desesperado que parecía consumirnos.

Uno de los dones de Hans siempre había sido que era capaz de volverme loca con un solo beso. Bastaba que posara su mano en mi nuca y se inclinara hacia mí, presionando sus labios sobre los míos, para que hiciera que el mundo desapareciera a nuestro alrededor. Cuando, además, invadía mi boca y me exigía una silenciosa rendición... ¡Jesús! No había forma de que pudiera denegarle nada. Incluso si habíamos discutido momentos antes, sus besos tenían el poder de reconciliarnos sin palabras.

Imagino que, el que Hans siempre antepusiera mis necesidades a las suyas y se asegurara de que hubiera encontrado mi placer antes de tomarse el suyo, habían convencido a mi cuerpo de que estaba en buenas manos entregándose a él.

Cerré los párpados al recordar la forma en la que sus dedos se clavaban en mi muslo al abrirse paso en mi interior, la forma en la que sus ojos buscaban los míos, llenos de amor y devoción y con esa justa dosis de tortura que me hacía derretir por dentro.

Hans... *Pum, pum...*

Me tomó unos segundos comprender que los golpes que oía provenían de la puerta de la entrada. Los ignoré. No deseaba ver a nadie. No cuando el espíritu de Hans se encontraba aquí conmigo, acostado a mi lado, recordándome el amor, la pasión y la ternura que habíamos compartido.

Los golpes resonaron más fuerte.

—¡Diantres! —Me levanté, metí los pies en las zapatillas y me sequé apresurada las lágrimas mientras bajaba a abrir—. ¡Ya voy! —grité, repasándome el cabello con los dedos antes de abrir la puerta.

Mi corazón se detuvo. Puede que fuese el universo entero el que se hubiera detenido, habría sido incapaz de afirmarlo con certeza.

—¿Hans? —pregunté insegura. Parpadeé varias veces, temiendo que fuera una ilusión y que,

cuando mi visión se aclarara acabaría descubriendo a otra persona frente a mí. Sin embargo, a pesar de que su rostro estaba más delgado y curtido, sus ojos azules eran los mismos que tanto había echado de menos—. ¡Hans! —chillé, abalanzándome sobre él cuando siguió ahí, observándome, extrañamente quieto.

—¡Gretchen, cuidado! —avisó con un suave gruñido cuando estuve a punto de hacernos perder el equilibrio a ambos.

Espantada me eché atrás y lo miré bien, fijándome en el cabestrillo y la muleta en la que se apoyaba mientras trataba de no dejar caer su peso sobre la pierna derecha.

—¡Oh, Dios! Hans, ¡lo siento! —Me tapé la boca con la mano—. Estás herido.

—Shhh... ven aquí, cielo. —Hans abrió el brazo sano para que pudiera refugiarme en él. Con más cuidado esta vez, lo abracé y enterré el rostro en su pecho, inhalando el familiar aroma a tabaco y miel.

—Lo siento, no me di cuenta de que...

—Shhh... No habría querido ningún otro recibimiento, cielo.

La ternura y el cansancio en su voz fue la gota que colmó el vaso. La poca fortaleza y control que me quedaban se quebraron y rompí a llorar. Mis sollozos me sacudían mientras me aferraba a él, temiendo que fuera un sueño del que pudiera despertar en cualquier instante.

—Estás aquí, realmente estás aquí —repetí una y otra vez, sin poder evitarlo.

Hans me estrechó con su brazo y me besó la coronilla.

—Te prometí que volvería, Gretchen —murmuró, enterrando su nariz en el hueco de mi cuello.

Cuando sentí la humedad traspasar la fina tela de mi blusa, me aparté para mirarlo. Se me encogió el corazón al reconocer el agotamiento y el dolor en sus ojos.

—Sabía que lo harías —dije, apoyando con delicadeza mis manos sobre su rostro y secando sus lágrimas con mis pulgares, mientras las mías seguían deslizándose por mis mejillas—. ¿Qué ha pasado? ¡Dios! Estás herido y seguimos de pie aquí afuera. ¡Entra! Tienes que sentarte. —Me incliné a recoger el maltrecho petate que había dejado sobre el suelo y luego me metí bajo su brazo sano para ayudarlo.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa. Aceptó mi ayuda para entrar en la casa, pero no dejó caer su peso sobre mí.

—Estoy bien, Gretchen. Ahora que estoy contigo, estoy bien.

Lo ayudé con el escalón de la entrada y lo guie hasta el sofá. Mis manos temblaban mientras lo ayudaba a sentarse. Le serví un vaso de agua de la jarra que se encontraba sobre la mesa y, tras mirarlo por unos segundos con vacilación, lo vació con avidez.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al arrodillarme frente a él para ayudarlo a quitarse las desgastadas botas.

Sus ojos, que hasta ese momento no habían dejado de seguirme se desviaron y su rostro se tornó impenetrable.

—Yo... —Sacudió la cabeza y volvió a mirarme—. No estoy preparado para hablar de eso ahora.

Le eché un vistazo a su pierna estirada. A pesar de que estaban tapadas por el pantalón, quedaba evidente el vendaje que llevaba alrededor de la rodilla y el muslo, pero decidí respetarlo y darle el tiempo que necesitaba.

—¿Tienes hambre? —pregunté sin levantarme. Se me rompió el corazón cuando negó con la cabeza—. ¿Qué tal si te ayudo a asearte y ponerte más cómodo y luego te acuestas? Me debes meses de abrazos y achuchones —añadí antes de que pudiera negarse.

En vez de reaccionar ante mi broma como solía hacerlo, su espalda se tensó.

—Yo... —Hans soltó un pesado suspiro, antes de alzar la cabeza y enfrentarse a mí—. Hay cicatrices y quemaduras y... no es bonito.

—¿Y tú crees que me importan? —Cuando no contestó, fue mi turno de soltar un suspiro—. ¿Sabes lo que significan esas heridas y cicatrices? —No esperé su respuesta—. Que estás vivo y aquí conmigo y que, cuando consiga meterte en mi cama y que me abras, no voy a soltarte en mucho, mucho tiempo. Podrías haber regresado con una pierna o un brazo menos y te querría igual y, por si te queda alguna duda, te prefiero con mil cicatrices y aquí, a con la piel impecable en el frente. ¿Tienes idea de cuánto te he echado en falta? —insistí ante su silencio—. Solo ven conmigo, abrázame y deja que, por unas horas, nos olvidemos de esta dichosa guerra.

Sus hombros se relajaron y una pequeña sonrisa ladeada asomó a sus labios.

—¿Estás segura de que soy yo el que te debe esos abrazos? Habría jurado que es al contrario y que en la estación de trenes me prometiste que guardarías todos mis abrazos y besos para cuando volviera.

Levantándome le ofrecí una mano para ayudarlo y arqueé una ceja.

—No recuerdo nada de eso, vas a tener que ayudarme a hacer memoria.

Cinca
❧

GRETA

Media hora después, tras pasar por el cuarto de baño, casi me choqué con él cuando detuvo en seco en medio del dormitorio.

—¿Hans? —Lo rodeé preocupada para verle la cara—. Hans, dime lo que ocurre.

—Mis cartas.

Seguí su mirada hasta la cama, donde seguían sus cartas.

—Llegaron hace apenas un rato —expliqué

—¿Es eso lo que estabas haciendo cuando llegué? ¿Leyéndolas?

El calor inundó mis mejillas, haciéndome apartar la mirada ante sus inquisitivos ojos. Carraspeé antes de contestar:

—¿Sí?

Se acercó a la cama y cogió la carta que había estado leyendo antes de que llegara. Tras echarle un vistazo se dejó caer sobre el filo del colchón, dejó caer la cabeza y se tapó la cara con una mano. Corrí a su lado para tocarle con cautela el hombro.

—¿Qué ocurre? No me dejes de lado —le rogué cuando no contestó.

Al fin bajó el brazo, pero no me miró.

—Mírate al espejo, cielo.

Obedecí en silencio, contemplando mi reflejo despeinado, las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios ligeramente hinchados. A la blusa se le habían abierto dos botones y estaba arrugada, pero no veía ninguna otra cosa especial en la imagen. Me giré insegura hacia él.

—¿Te molesta que esté desarreglada?

Se le escapó una carcajada estrangulada.

—¿Estás ciega? ¿Es que no ves lo hermosa que eres?

Me mordí el labio

—Hans, no entiendo lo que está sucediendo —confesé.

—Lo siento, yo... —En un gesto cansado, Hans se pasó los dedos por el cabello y sacudió la cabeza—. No sé qué me pasa.

—Entonces, dime qué se te acaba de pasar por la cabeza.

Hans hizo una mueca y cerró los ojos en un gesto lleno de culpabilidad.

—No lo entenderías, Gretchen. —Vaciló—. Probablemente hasta te sentaría mal.

Me aparté un paso de él y crucé los brazos, preparándome para lo peor.

—Ponme a prueba.

—Que llevo meses en el frente, sin verte, sin cuidar de ti, preguntándome cada día qué estarías haciendo y... —Hans me miró a los ojos con todo su tormento reflejado en ellos—, pensé que te había perdido.

Me tomé tiempo para estudiarlo y entender lo que trataba de decirme.

—¿Has estado con otras... con otra mujer?

Sus ojos se abrieron horrorizados.

—¡No! ¡Por Dios! ¡Claro que no! Jamás te engañaría así.

—¿Entonces a qué viene todo esto? —presioné confundida.

Sus mejillas adquirieron un tinte rosado.

—Que pensé que... que tú sí... Y luego he visto las cartas, las mías y... y...

—¡Hans Schneider, dime que no pensaste que yo sí que te habría engañado! —le exigí con los ojos entrecerrados y los brazos en jarras.

—Escucha cielo, yo... yo... ¡Dios! Ni siquiera sé lo que decir. Lo siento si te he ofendido, cariño. De verdad que no sé qué es lo que me pasó. Fue el estar lejos de ti, el no saber cómo estabas y si te sentirías sola y asustada. Ni siquiera te habría culpado si te hubieras refugiado en alguien más. —Había tanta desesperación en su tono que mi enfado se desvaneció en el acto.

—¿Pensaste que estaba con otro, aquí, en nuestra cama? —pregunté al acercarme despacio a él.

En cuanto llegué frente a él, me rodeó la cintura con su brazo sano y aplastó su rostro contra mi estómago.

—Lo siento, cielo. Lo siento tanto —murmuró tan bajo que apenas podía escucharlo.

Con un suspiro me relajé contra él y hundí mis dedos en su cabello. ¿Podía culparlo cuando aquella maldita guerra nos hacía dudar incluso de nosotros mismos?

No sé cuánto tiempo estuvimos así, yo de pie entre sus piernas abiertas y él abrazándose a mi cintura. Podían haber sido unos segundos o minutos o, tal vez, una eternidad. No importaba. Sus hombros fueron poco a poco relajándose y yo comencé a temer el momento en el que fuese a apartarse de mí.

Creo que lo último que esperaba fue sentir el húmedo calor de sus besos a través de mi blusa y su mano deslizándose bajo mi falda para subir por mi muslo.

—¿Sigue sin haber medias? —preguntó con una media sonrisa, aludiendo a una de las cartas que le había enviado.

—¿Crees que es prudente hacerme irritar con ese tema en un momento así? —lo reté sin aliento, arqueándome con un jadeo cuando el reverso de sus dedos pasó por encima del parche húmedo de mis braquitas.

—Quítatelas —me rogó en un susurro cuando quedó claro que con una sola mano iba a tener dificultades para hacerlo por sí mismo.

Lo obedecí con tantas ganas como reticencia.

—¿Estás seguro de que es prudente con tus heridas? —Le lancé una mirada dubitativa a su cabestrillo mientras me bajaba las bragas por las rodillas.

Hans estiró la mano, pidiéndome sin palabras la prenda y se la llevó a la nariz. Sus ojos se oscurecieron, sus pupilas se dilataron y una sonrisa traviesa asomó a sus labios.

—Teniendo en cuenta que lo único que necesito hacer es tenderme... —Como para demostrarlo se dejó caer con cuidado sobre el colchón y alzó la mano en un gesto de invitación —. Ven.

Un estremecimiento me recorrió el bajo vientre ante la intensidad en su mirada, pero acepté su mano para gatear sobre él. Fui a detenerme sobre su ingle y a abrir la cinta de su pantalón de pijama, pero Hans negó con la cabeza.

—Más arriba —me indicó ronco. Nerviosa tragué saliva, pero le obedecí. Cerré los ojos en cuanto hundió su nariz entre mi suave vello, inspirando con fruición—. ¿Tienes idea de cuánto

he echado de menos esto?

Traté de no gemir cuando sus palabras vibraron contra mis pliegues, justo antes de que los repasara con su lengua. Estuve tentada de empujar mis caderas hacia delante y apretarme contra sus labios en busca de más placer, pero no era eso lo que quería, al menos no por ahora. Tirando de su pelo para mantenerlo quieto, retrocedí hasta su regazo.

—Hay algo que necesito confesarte —le susurré al oído mientras me frotaba contra su dureza—. Te he sido infiel... con el hombre que me ha escrito esas cartas y... —le mordisqueé el lóbulo de la oreja con delicadeza, ignorando su repentina rigidez—, con los recuerdos que tenía de ti.

Sus músculos se relajaron y arqueó una ceja cuando alcé la cabeza y deslizaba una mano bajo la cinturilla de su pijama para alcanzar su aterciopelada erección y liberarla.

—¿Estás tratando de ponerme celoso de mí mismo, Gretch...? ¡Gretchen! —gruñó ronco, sus dedos hundiéndose en mis caderas para mantenerme quieta cuando lo recibí en mi interior.

Con una sonrisa me incliné sobre él y busqué su boca con la mía.

—¿Lo he conseguido? —pregunté sin aliento cuando alzó su pelvis y me embistió.

—¡Jesús, Gretchen! ¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —Hans gimíó cuando me balanceé despacio sobre él.

Debería haberle recordado que mencionar el nombre del hijo de Dios en un momento así, probablemente le ganaría un sermón del padre Johannes si alguna vez se enteraba, pero preferí cerrar los ojos y recrearme en la forma en la que estaba llenándome y estirándome y lo bien que se sentía el tenerlo dentro de mí.

Cuando volví a abrir los párpados, Hans estaba observándome con una mezcla de placer y ternura, pero también con algo más que no conseguía identificar.

—¿En qué estás pensando? —pregunté manteniéndole la mirada.

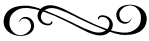
Sus labios se curvaron y alzó la mano para acunarme la cara.

—Pienso que estoy en casa, cielo, y que todo vuelve a estar bien de nuevo.

Ondulé mis caderas para inclinarme sobre él.

—Algún día leeremos esas cartas juntos y todo lo que quedará será una memoria distante de nuestra separación —le prometí en un susurro—. Pero ahora... Ahora recuérdame lo que es tenerte aquí de verdad.

Epílogo



12 de mayo de 1955

El sol de la tarde se filtraba a través de los visillos, bañando la habitación en una luz dorada. Me senté en mi viejo escritorio, el mismo que habíamos comprado juntos, Hans y yo, en aquel mercadillo el verano del 39, justo antes de que estallara la guerra y de que todo cambiara. Parecía mentira que ya hubieran pasado diez años desde el final del conflicto. Era en días como hoy, que mi mente regresaba al pasado, y me acordaba de todo lo que Hans y yo habíamos superado.

Abrí el cajón y saqué un folio y una pluma. El familiar aroma a tinta fresca me llevó de vuelta a esos días en los que las cartas eran nuestro único vínculo y el mundo parecía tan incierto que cada día era una lucha por sobrevivir.

Miré por la ventana y mis ojos se detuvieron sobre el campanario de la iglesia, que destacaba a lo lejos sobre los tejados. Seguía en reconstrucción. Se mirara a donde se mirara, las cicatrices que nos había dejado la guerra seguían estando presentes por doquier. Dudaba mucho que los que la habíamos vivido, alguna vez pudiéramos borrarla de nuestra memoria. En el fondo no me parecía mal. Era lo que nos empujaba a buscar un futuro mejor. Suspiré y comencé a escribir, dejando que las palabras fluyeran desde el corazón.

Carta 4

Querido Hans:

Hoy es nuestro aniversario. Te observo desde la ventana mientras trabajas en nuestro pequeño huerto, y no puedo evitar sentir una profunda gratitud por tenerte a mi lado. Cada día juntos ha sido un regalo que valoro más que nada en el mundo.

Recuerdo nuestro primer aniversario, cuando me llevaste a aquel pequeño café en la esquina de la Friedrichstrasse. El dueño, Herr Müller, nos regaló una botella de vino que había ganado en la feria. ¿Te acuerdas? Bailamos bajo las estrellas como si el mundo entero nos perteneciera. ¡Qué tiempos aquellos! Esa noche pensé que era imposible ser más feliz o estar más enamorada de lo que estaba. Me equivoqué. Me lo has ido demostrando año tras año.

La vida ha seguido su curso, amor mío. Seguimos aquí, a pesar de todo, pero lo que más me importa es que sigas aquí a mi lado, cumpliendo la promesa que me hiciste hace tantos años de no volver a dejarme nunca.

Cada mañana, cuando riego las plantas, pienso en cómo solías decirme que nuestras almas estaban entrelazadas como las raíces de los árboles y que eso nos hacía más fuertes y nos permitía resistir cualquier tormenta. El tiempo te ha dado la razón.

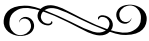
Puede que las cosas no siempre hayan sido fáciles y solo Dios y nosotros sabemos las pruebas que hemos tenido que superar hasta llegar aquí, pero no me arrepiento de un solo momento que he pasado a tu lado. Junto a nuestros hijos, eres mi lugar favorito en el mundo.

Hoy he encendido una vela en honor a todos los que no regresaron de la guerra, pero también en agradecimiento por ti, por nosotros y por la vida que hemos construido juntos. Su luz me recuerda la esperanza que siempre mantuvimos, incluso en los momentos más oscuros, pero, sobre todo, que tu promesa de no volver a dejarme jamás sigue vigente.

Te amo, Hans. Eres mi héroe y el hombre de mi vida y, sin importar lo que depare el futuro, sé que siempre estaremos juntos, porque nos une cada sonrisa, cada lágrima y cada latido de nuestros corazones que hemos compartido.

Con amor eterno,
Greta

Continuación del epílogo



Doblé la carta con cuidado y, tras pasarla por una nube de mi colonia de jazmín, la guardé en un sobre, marcándolo con la fecha. Lo dejé en el cajón junto a las demás cartas que le había escrito a mi marido a lo largo de los años. Sabía que vendría luego a buscarla a escondidas, que se la guardaría el resto del día bajo su camiseta interior, junto a su corazón, y que se la leería sentado en su sillón por la noche, cuando la casa se quedara en silencio.

Era lo que hacía siempre, cada año desde que iniciamos aquella costumbre. Sonreí al pensar que luego vendría a la cama, que me abrazaría desde atrás y que me declararía su amor al oído, para después demostrármelo sin palabras.

Cuando era joven, aquella tradición podría haberme parecido monótona, ahora, después de lo que había vivido, aquellas pequeñas rutinas me daban la estabilidad que necesitaba para saber que había cosas que nunca cambiarían.

Salí al pequeño patio trasero donde Hans trabajaba en nuestro huerto. Sus manos, suaves cuando lo conocí, ahora estaban encallecidas por el trabajo, pero seguían siendo gentiles cuando se posaban en mí. Me acerqué por detrás y lo abracé, transmitiéndole el caudal de amor y ternura que sentía por él. Hans se volvió para abrazarme y besarme la frente.

—¿Ya encontraste tu regalo?

—¿El que estaba escondido en el cajón de las patatas? —me burlé.

La baja risa de Hans reverberó a través de su pecho.

—Ese es de los niños.

Arqueé una ceja.

—Eso explica por qué una de las galletas estaba mordisqueada —bufé divertida.

La sonrisa de Hans se ladeó con picardía.

—¿Tú crees?

—¡No te atreverías! —exclamé con una indignación fingida—. Porque eso sería...

Antes de que pudiera terminar, Hans se inclinó.

—Un mensaje claro de qué es lo que voy a hacer cuando te pongas esas nuevas medias de nylon —me susurró al oído.

—¡Hans! —lo reñí, con una palmada sobre su pecho.

—¡Mamá! ¿Podemos abrir este regalo? —gritó mi hija Luise desde la casa, asomando su carita sonrojada por la puerta trasera.

—Bien, creo que alguien se ha adelantado y ha encontrado el regalo antes que tu —dijo Hans con un brillo divertido en sus ojos.

—Dime que es algo decente —sisee alarmada.

—Muy decente. ¿Esperarías algo diferente de mí? —se burló el sinvergüenza, dándome un

manotazo en el trasero mientras me seguía a la casa.

—¡Hans!

—¡Mira, mamá! Mira qué bonito es. ¿Me lo puedo quedar?

Mis pies se detuvieron en seco cuando reconocí el pequeño objeto dorado en las manos sucias de mi hija menor.

—Ese regalo es para tu madre. —Cogiéndola por la cintura, Hans la revoloteó por el aire hasta que rompió a reír. Cuando regresó junto a mí, mis ojos se humedecieron al observar en silencio cómo me colocaba el broche con esmeraldas que había heredado de mi madre.

—¿Cómo...? —se me quebró la voz.

—Cuando murió el viejo Wilhelm, volví a acercarme a su granja para hablar con su hija y hacerle una oferta. Me tomó algo de tiempo convencerla, pero ya es tuyo de nuevo.

—Pero Hans, ha debido de cost...

—Shhh, es tuyo, cielo. —Sus fuertes brazos me rodearon, estrechándome contra su pecho, mientras me mecía y dejaba que llorase sobre él.

—¿Mamá está triste? —preguntó Luisa con el tipo de vocecita que indicaba que estaba a punto de ponerse a llorar conmigo.

Se me escapó un extraño ruido, mitad risa, mitad sollozo, mientras me secaba las lágrimas y la cogía en brazos.

—No, cielo. Mamá está feliz. Muy feliz —recalqué.

—¿Y por qué lloras?

—Porque tienes el mejor papá del mundo y me ha encontrado el broche de la abuela que perdí durante la guerra.

Sus enormes ojos se abrieron un poco más y pasaron de su padre a mí.

—Si se te ha perdido algo más, puedo ayudarle a papá a encontrarlo. Se me da bien cavar en la tierra. —Como para demostrarlo me mostró sus manitas sucias cuyas uñas, efectivamente, estaban llenas de tierra.

—No, cielo. Ya recuperaré todo lo importante, pero si corres a lavarte las manos, puedes comerte una galleta —añadí cuando sus labios se fruncieron en un pequeño puchero.

En cuanto la solté en el suelo, corrió en dirección a la casa.

Hans me envolvió desde atrás y me besó la sien.

—Me gustan las nuevas memorias que hemos construido juntos.

Sonreí, me recosté contra su pecho y posé las manos sobre los brazos con los que me sujetaba.

—Nos estamos convirtiendo en especialistas. Cada vez son mejores, ¿verdad?

Fin.